

DON IGNACIO LOPEZ DE AYALA <sup>(1)</sup>.

## ELEGÍA.

Ornato que dan las nobles artes á la naturaleza.

Ciega pasión y loco devaneo  
Arrastra y precipita al hombre, cuando  
Cree igual su poder á su deseo.  
Si mano compasiva, arrullo blando  
No le fomenta cuando débil nace,  
La vida acaba, que empezó llorando.  
De un mal creciendo en otro, inferior yace  
A la fiera veloz, que su indignancia  
O más fuerte ó más parca satisface;  
Y el que creyó gozar la preeminencia  
De los demás vivientes, mal contento  
Su suerte culpa y llora su inclemencia.  
¿Dó está el imperio en tanto abatimiento?  
¿Dó halla el hombre causa á su fiereza,  
Ni origen á su altivo pensamiento?  
Tú sola, tú, sagaz naturaleza,  
Pródiga madre, rey le has coronado  
Por dar un ejemplar de tu grandeza.  
La luz etérea, que en su pecho osado  
Encendistes, el fuego que le inflama,  
De tu divino sér comunicado;  
Esa voraz é inextinguible llama  
Su peso arrastra, y levantando el vuelo  
A do su origen y su ardor le llama.  
Cuanto la tierra ofrece y cubre el cielo  
Su mente abraza, y animoso cria  
Cuanto cubre el Olimpo, ofrece el suelo.  
Del infausto abandono en que yacia,  
Se eleva con los dones que su mano  
Copia de su fecunda fantasía.  
Del grave peso vencedor, ufano  
Signe y se acerca á la suprema idea,  
Que enciende y llama al corazón humano.  
Artífice feliz, cuanto desea,  
O inflama al pecho ó muere su desvelo,  
Halaga al gusto, al corazón recrea,  
Cuanto embellece al variado suelo,  
Al ámbito del aire luminoso,  
Al mar profundo, al cristalino cielo,  
Sujeta con espíritu animoso,  
Y, criador universal, figura  
Más ordenado el mundo y más hermoso.  
Con osadía igual á su ventura,  
Corrige y cria otra naturaleza  
De más beldad, de perfección más pura;  
Y vencida primero la dureza  
De la necesidad, con nuevo aliento  
Busca, no satisfecho, más belleza.  
Pues de moles terrenas descontento,  
Del pecho, el alma y corazón presenta  
Los ímpetus, la paz y el movimiento.  
Por su divina mano el bronce alienta  
Amor, ódio, tristeza ó alegría,  
Dulce sosiego, indignación violenta.  
Al pecho infunde miedo ú osadía;  
La tabla, ántes grossera, me enternece,  
Vistiendo su pasión la pasión mía.  
Con su pincel mi sentimiento crece,

(1) Autor de la tragedia *Numancia destruida*. Catedrático de poesía en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, académico de honor de la Academia de San Fernando. Leyó esta composición, notable por la firmeza de la entonación y del sentido estético, en el acto de la distribución de premios de dicha Academia, en 1784. (Nota del Colector.)

Mis lágrimas conduce por trofeo,  
Y un dolor imitado me estremece.  
Terror inspira el duro bronce, y leo  
La turbación, espanto y alarido  
Del que bramar entre serpientes veo.  
El arco, el brazo, el rostro enfurecido  
Del dios advierto, que vengó á Latona,  
Y de su flecha el volador ruido.  
Siento el ímpetu y arte que blasona  
El gladiador, que intrépido pretende,  
Vencido, muerte, ó vencedor, corona.  
Del sacro fuego que en el alma prende  
Tan grande es la virtud; tal la ventura  
Que en la informe materia vida enciende.  
El mundo vuela á la ignorancia oscura  
Si no le anima el arte; sufre el hombre  
De su antigua opresión la suerte dura.  
Sin artes, caos que á la vista asombre  
Será la tierra; el hombre confundido  
Fiera entre fieras mezclaría su nombre.  
Lo envuelve todo el tenebroso olvido,  
Si las artes no avivan su memoria,  
Y detienen los tiempos que han corrido.  
El lustre, el nombre y celebrada gloria  
Aun de dioses se ignora, ó son baldones  
E infausta mancha de la humana historia.  
Mas tales son del arte los blasones,  
Que Vénus como nímene se aborrece,  
Y su estatua recibe adoraciones.  
Merced del grande espíritu que ofrece  
En mármol, bronce ó piedra, inmortal vida,  
O en débil tabla, que jamás fenece.  
Por tus esfuerzos, arte esclarecida,  
Del héroe vive y vivirá la hazaña,  
Sin que el transcurso de la edad lo impida.  
Hubo reyes é imperios; en campaña  
Congregadas naciones; Marte airado  
Blandió su pica y desbravó su saña.  
En polvo, en sangre y muerte sepultado,  
Su infelice valor ha perecido  
Cual humo leve al viento disipado.  
Faltó del arte el noble colorido,  
Faltó vivo cincel que propagara  
De un siglo en otros siglos el ruido.  
Que el poder, la grandeza y virtud rara  
Vive porque el artífice resuena,  
Y el de los héroes con su nombre ampara.  
Ni el veloz Joven, ni la infiel Lacena,  
Ni los Dólopes viven, ni Argos dura,  
Antandro y Troya son desierta arena;  
Mas los libra de olvido y muerte oscura,  
Y en sus rasgos les presta eterna fama,  
¡Oh Dios de Smirnal tu inmortal pintura.  
Alma feliz, á la que el cielo llama  
Por senda tan gloriosa; alma escogida,  
Si llegas á la lumbre que te inflama,  
¡Oh! no te espante la áspera subida;  
Que el ánimo celeste más se alienta  
Cuanto el laurel con más afán convida.  
Concibe al cielo, oh pecho en quien fomenta  
Su luz el arte, pues la eterna gloria  
Que al héroe das, en tu favor se aumenta.  
Unida de los dos la ilustre historia,  
Su ardiente espada y tu ingeniosa mano  
Llevarán por los siglos la memoria.  
Copiad del protector y soberano  
La virtud inmortal, que si atrevida  
Mostrar la edad pudiese esfuerzo vano,  
Os volvieren sus hechos á dar vida,

## D. TOMAS JOSÉ GONZÁLEZ CARVAJAL.

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Sevilla el 27 de Diciembre de 1753. Estudió teología y jurisprudencia, y llegó á ser helenista y latinista muy aventajado. En 1794 fué nombrado Oficial de la Secretaría de Hacienda, y en Marzo del año de 1795 Intendente de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena y Superintendente de la de Almuradiel, en la Mancha. Se distinguió notablemente en La Carolina siguiendo las huellas del célebre don Pablo Olavide. Sordo á las sugestiones de su antiguo amigo el Conde de Cabarrús, se negó con la mayor entereza á jurar á José Napoleon, y huyó de Madrid, disfrazado, exponiéndose á graves riesgos, hasta llegar á Sevilla en Enero de 1809.

En 30 de Marzo de 1815 fué nombrado Secretario de Estado y del despacho de Hacienda. En 24 de Agosto del mismo año dejó el Ministerio, y dos días despues fué nombrado Director de los Estudios Reales de San Isidro.

Más adelante fué, por sus ideas liberales, blanco de las persecuciones políticas de la época. Fué preso, y al cabo confinado en Sevilla á fines de 1815. Allí vivió durante algunos años, casi siempre en el campo, consagrado exclusivamente al estudio. En 1821 fué nombrado Consejero de Estado. En 1825 anduvo errante, evitando nuevas persecuciones; y más adelante, despues de 1829, fué sucesivamente Ministro del Supremo Consejo de la Guerra, individuo del Consejo Real de España é Indias, Prócer del reino y Caballero gran cruz de Isabel la Católica.

Escribió, entre otras varias obras, un *Elogio histórico de Arias Montano*, que se imprimió en el tomo VII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*. Granjeóle esclarecida fama su elegante y fiel traducción en verso y prosa de los Salmos y de los libros poéticos de las Santas Escrituras. Le abrieron sus puertas las ilustres Academias Española y de la Historia. Murió este sabio y virtuoso anciano en Madrid, el 9 de Noviembre de 1834, de edad de cerca de ochenta y un años.

C.

## POESÍAS.

## SONETOS.

I.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA,  
EN LA CUEVA DE MANRESA.

Herido de una bala, y más herido  
De la espada que aguda el alma pasa,  
Olvidado del lustre de tu casa,  
Huyes, Ignacio, el mundanal ruido.  
Al mérito renunciabas adquirido,  
Desdado ya del yelmo y la coraza,  
Y Manresa te ve lanzar sin tasa  
Con amargo dolor triste gemido.  
El soldado que huye, llora y grita  
Por una sola herida, no es valiente;  
Mas no es ese dolor el que te agita.  
Otra herida interior tu pecho siente,  
Que del laurel que nunca se marchita  
Ceñirá un día tu gloriosa frente.

III.—Ps. XVIII,

II.

CONTRA LA PEDANTERÍA DE ALGUNOS  
LITERATOS ROMANCISTAS.

¿Quieres medrar? aplicate á la historia;  
Déjate de latinos y de griegos,  
Escritos busca de escritores legos,  
Lléname de sus citas la memoria.  
Dáanos de antigüedad en pepitoria  
Túrdulos, turdetanos y gallegos;  
Roba un archivo, copia cuatro pliegos,  
Y gana prez y fama y lustre y gloria.  
No se te olvide de Boscan ó el Dante  
Algun retazo, que hablando infieras,  
Si damas hay ó clérigos delante.  
Y pretende seguro cuanto quieras  
De conseguir, si sabes ser pedante,  
Que es la mejor de todas las carreras.

III.

CUANDO SE COMENZARON A USAR  
LOS PANTALONES.

Tiene Beltran Claquin unos calzones  
Con que se cubre desde los sobacos

36



Pecho, cintura, vientre y muslos flacos,  
Hasta las pantorrillas y talones.  
¿Quién podrá concertar las opiniones  
De tanta variedad de currutacos,  
Unos de grande talla, otros retacos,  
Unos de largo pelo, otros pelones?  
Cada uno, según su cuerpo y talle,  
Dar la ley quiere en gala y en arreo  
A los demás, con tal que no se halle  
En casa, en la tertulia, en el paseo,  
En el café, en la iglesia, ni en la calle  
Quien vaya más ridículo y más feo.

## IV.

Voy á hacer un soneto, porque ahora  
De sonetos está la musa mía,  
Que hay quien muda dictámen cada día,  
Y mi musa lo muda cada hora.  
No es mucho ser mudable, si es señora;  
Y yo, que le conozco la manía,  
Temo, si me descuido, que se ria  
De mí, porque es un tanto burladora.  
Pues que si rematado aquel cuarteto  
Se le antoja una décima u octava,  
No hay que acordarse más de tal soneto.  
Mas loado sea Dios, que ya se acaba  
En añadiendo al último terceto  
Este verso, no más, que le faltaba.

## ODAS.

## I.

AL ESPÍRITU-SANTO,  
EN EL DIA DE PENTECOSTÉS.

La fuerza poderosa  
Cantaré del amor en este día,  
Y la maravillosa  
Llama en que Dios ardia,  
Y el soberano don que al suelo envia,  
En el principio eterno  
Sin principio ni fin, del Padre era  
El Verbo sempiterno,  
De inefable manera,  
Imágen fiel, sustancia verdadera.  
El Padre lo engendraba  
Y en eterno esplendor lo producía;  
El uno al otro amaba,  
Y del fuego que ardia  
El Espíritu-Santo procedía.  
¡Oh clara, luminosa,  
Generación eterna, inenarrable!  
¡Oh procesion dichosa  
De amor inagotable,  
Abismo profundísimo, insondable!  
Por tí el orbe criado  
En el fuego de amor luego se inflama;  
Que de uno en otro lado  
Prende la sacra llama,  
Y todo arde en un punto, y todo ama.  
Ama su centro el grave,  
Ama lo leve la sublime esfera,  
Ama el pez, ama el ave,  
Ama la agreste fiera,  
Y la planta y la flor á su manera.  
Amor respira el cielo,  
Amor la tierra, amor las aguas puras,  
Y con acorde anhelo  
Do quier, amor, procuras  
Al Hacedor unir las criaturas.  
Que en dulce consonancia  
Del amor siguen todas la armonía,  
Y amor es la sustancia  
Que las sustenta y cria,

Mientras torpe afición no las desvía,  
Cual de Edén en el huerto  
A nuestro común padre desvía,  
Y en triste desconcierto  
La armonía trocará  
Del orbe, y su destino malogrará.  
Volaste huyendo al cielo,  
Santo amor, y sus flores en abrojos  
Convirtió triste el suelo,  
Y en llanto nuestros ojos  
Su paz, y nuestras dichas en enojos.  
Mas ya vuelves ahora  
Para no te ausentar, y renovado  
El mundo ya te adora  
Por aquel enviado  
Que triunfó de la muerte y del pecado.  
¡Oh, bien venido seas,  
Paráclito eternal, que con tus dones  
Nos nutres y recreas!  
Lluevan tus bendiciones  
Sobre nuestros contritos corazones.  
Y nunca profanado  
Se vea ya tu templo, ni su lumbré  
Y esplendor eclipsado,  
Ni el alma se acostumbre  
Del pecado á sufrir la pesadumbre.  
Si alguna vez caemos,  
Tú á levantarnos vén, y tú nos guía  
Y alumbrá, si no vemos;  
Y si el pecho se enfria,  
Vén, y tu calor santo en él envia.  
Vén, y nos fortalece,  
Si alguna vez nuestro valor flaquea;  
Y tu ley enderece  
El pié, si se ladea,  
Si tímido se para ó titubea.  
Sople el impetuoso  
Viento en el alto techo, y resonando  
El ámbito espacioso,  
Y amores derramando,  
Lleve tras sí las almas arrastrando.  
El fuego centellante  
Que sobre los apóstoles ardia  
Al pecho de diamante  
Al alma seca y fria  
Ablande y dé calor en este día.  
Y unidos y enlazados  
En tus lazos, oh amor omnipotente,  
De pueblos apartados  
Haz una sola gente,  
Un corazón, un alma solamente.

## II.

## Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Sáfica.

Madre divina del amor hermoso,  
Madre prudente del temor sagrado,  
Madre fecunda del saber eterno,  
Dulce María;  
¿Cuál será el canto con que más te agrade  
De los humanos que con sacra lira  
Dulce resuenen? Porque tus loores  
Cantar anhelo.  
O ya del ángel el anuncio llegue  
A tu retiro, y pronunciado apenas  
El sí dichoso, sobre tí se lance  
Sombra divina,  
Y rodeada de su misteriosa  
Virtud, el Verbo de tu sangre pura  
Cuerpo se forme; y una vez tomado,  
Nunca lo deje;  
O ya del parto, de dolor exenta,  
Llegue la hora tanto deseada,  
Y el hijo nazca, del intacto vientre  
Fruto suave,  
Y reclinado del pesebre duro  
Entre las pajas, adorarle veas  
Angeles, reyes, astros y pastores,  
Brutos y plantas;

Ó bien lloroso, si se siente herido  
De la cuchilla que la ley ordena,  
Cándido néctar de tu casto pecho  
Temple su llanto;  
O lo presentes en el santo templo  
Y lo dediques en olor suave  
Al Padre Eterno, que del cielo mira  
Tanta pureza;  
O fatigada de buscarlo un día,  
Y de llorarlo como ya perdido,  
Allí lo halles, de la ley, sentado,  
Docto maestro;  
O de las bodas el escaso vino  
Le representes con modestia pia,  
Y generoso con el agua pura  
Vino provea;  
O de sus hechos el aplauso suene  
Entre la plebe que por rey lo aclame,  
Y luego sea de la plebe misma  
Victima triste,  
Y de la hueste que traidor ordena  
Júdas impío, conducido vaya,  
Como la oveja por los carníceros  
A la matanza;  
O valerosa de la cruz al lado  
Firme subsistas, y la espada aguda  
De Simeon el fiel y dolorido  
Pecho penetre,  
La voz oyendo generosa y clara  
Con que ya exangüe, lívido, anheloso  
Grite y ofrezca de su vida al Padre  
Ultimo aliento;  
Y retirada de la muchedumbre,  
Al lado siempre de tu nuevo hijo,  
Cuya tutela te dejó mandada  
Cuando moria,  
La vida pases en retiro santo  
Hasta que el ciclo coronarte vea  
De serafines, y su luz hermosa  
Huelle tu planta;  
Donde tu carne virginal y pura,  
Ya separada de la santa alma,  
Luego se una, y al eterno gozo  
Vuelé con ella;  
Y allí tu Hijo, del poder inmenso,  
De la sin tasa paternal clemencia,  
Con que socorras á los que te invoquen,  
Dueño te haga;  
Sea de gloria, de dolor ó gozo,  
A tí, Señora, dedicar deseo  
Sola mi canto, pero lo resiste  
Rústica musa.  
Plectro divino bastaría sólo  
Para loarte como yo querria,  
Y el mio, atado con cadencia dura,  
Aspero suena.  
Mas si te place que mi poesía  
De tus elogios instrumento sea,  
Tú la desata, y en acorde acento  
Templa mi lira.  
¡Oh si mi canto resonase ahora  
Cual tú cantabas á Isabel un día!  
Mas aquel astro celestial y puro  
No es imitable.  
Bástame sólo, y viviré contento,  
Que mientras viva, tolerable suene  
A tus oídos, y cantando un día  
Plácido muera.  
Y desasida del humano velo,  
Por tu favor el ánima guiada  
Al cielo sea, donde no se acabe  
Nunca su canto.

## III.

## Á SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

Oda votiva.

Irritó la primera  
Rebeldía del hombre al justo cielo,  
Y abrió á la muerte fiera

La entrada en este suelo,  
Su alegría trocando en triste duelo.  
De males aquejado,  
Sintió entonces el hombre el duro frío,  
El calor abrasado  
Del ardoroso estío,  
Y el vapor y la niebla y el rocío.  
Y tarde pesaroso  
Abre los ojos, y con largo llanto,  
Del fruto deleitoso  
Conoce y llora, cuanto  
Le queda de dolor y de quebranto.  
Oyólo desde el cielo  
El Supremo Hacedor, y de su hechura  
Compadecido, el velo  
Rasgó, con que natura  
Sus ricos dones ocultar procura.  
¡Del dedo omnipotente  
Cuánta virtud con plantas y animales  
Vió la misera gente,  
Y en secos minerales,  
Puesta para remedio de sus males!  
Vió allí la fuerza activa  
De la mosca de Apulia, la grandeza  
Del opio, de la viva  
Plata la sutileza,  
Y la amarga febrífuga corteza.  
Mas aunque con divina  
Luz le fué de este modo descubierta  
La sábia medicina,  
El con mano inexperta  
Muchas veces halló la muerte cierta.  
De nuevo conmovida  
Del Criador la paternal clemencia,  
Que vió tan triste vida,  
Tanta cruel dolencia,  
Tan inconstante y frágil existencia;  
Al noble peregrino,  
Que bajo el nombre y forma de Azarias  
Condujo en su camino  
Sano y salvo á Tobías,  
Y curó al padre y alargó sus días,  
Le dió que remediase  
Toda humana dolencia, y de divina  
Virtud participase  
Su mano peregrina,  
Y de Dios fuese él mismo medicina.  
Abatió su guadaña  
La muerte entonces, y del crudo acero  
Embotada la saña,  
Viéndose de su fuero  
Desposeída y su poder primero,  
Gritó: «Luego es en vano  
De mi segur y mi arrogancia fiera  
El rigor inhumano,  
Si, uno solo que muera,  
Es necesario que el Arcángel quiera.»  
Dijo, y desde aquel día  
A solo Rafael subordinada,  
El que herir ya sentia  
Su hoz envenenada,  
La salud por él cobra deseada.  
Así yo, Arcángel santo,  
Postrado al mal en doloroso lecho,  
Y de mortal quebranto  
Herido el flaco pecho,  
A tí clamando, en lágrimas deshecho,  
Viendo de la consorte  
Amada y tierna el misero gemido,  
Que no hay quien la conforte,  
Y del hijo querido  
El juvenil aliento ya perdido,  
A tí clamando dije:  
¿Adónde estás en tan tremenda hora?  
Del mal que así me aflige  
Vén á salvarme ahora,  
Vén, Rafael, con mano bienhechora,  
Ya del nevado monte  
Se deslizaba al mar la noche fria,  
Y en opuesto horizonte  
La luz respandecía  
Que empezaba á rayar del claro día;